próxima, si averigua que es Usía el que ha conseguido esa victoria.

¿Qué Guardia Civil es esa, preguntó D. Quijote, que tan incivilmente ha de tratarnos? La Santa Hermandad no será: porque si por cuenta de ella corrieran hoy estos asuntos, seguro estoy de que no á mí, sino á los fautores de esos embolismos y diabluras de los alambres y de esa electricidad que dices, les hubiera dado caza y acusado de brujería. Pero si tan trocadas están las cosas ahora, vé qué podemos hacer para que esa Guardia Civil no nos interrumpa nuestro camino; que yo soy harto respetuoso de la autoridad y no he venido al mundo para negar al César lo que sea del César.

Lo mejor es, respondió Panza, que no entremos ahora en el Toboso, donde muchas gentes nos verán y darán indicios de poder ser nosotros los autores del desaguisado. Torzamos á la derecha, Señor mío, y apartémosnos de los lugares y proximidades de esos gigantes difuntos; que ya oirá Usía hablar de ellos y los verá otra vez en pie, apenas se note que no corre la electricidad por sus hilos rotos. Mire Usía aquella hoguera que denota majada de pastores, que desde aquí se parece; abordémosla para pasar la noche, como Dios quiera, y por El le suplico no diga Usía nada de esta aventura; sinó cuente si quiere las otras dos de las ruedas sútiles y del mónstruo de fuego y humo, para que los pastores no den el cante á la Guardia y nos estropée el plan de nuestra visita al Toboso, preliminar de la conquista de Andorra.

Cedió D. Quijote, á quien el desollón de la pierna, ya enfriado, dolía más de lo regular, y andando cosa de media hora llegaron á la majada.

CAPITULO V

Donde se da cuenta del recibimiento que hicieron á D. Quijote unos pastores, y del conocimiento que trabó con el Poetilla.

Aparecer aquel caballero con su armadura, seguido de aquel abultado escudero, y ponerse en alarma la gente de la majada, todo fué uno. Al ronco ladrido de los mastines, que lo anunciaron, salieron los seis pastores que se recogían en dos chozas en aquel sitio, y arremolináronse las ovejas en los rediles, como si temieran el asalto del lobo.

Dieron aquéllos el alto á los recién llegados; contestaron éstos cortesmente y en son de paz, y entonces, creyéndoles viajeros que buscaban descanso, hiciéronles pasar, ayudándoles á bajarse de las caballerías, y muy sorprendidos de los hierros de que iba cubierto de pies á cabeza D. Quijote.

No os alarméis, señores, dijo éste, de mi aparato guerrero y mi talante. Caballero soy armado, que corre el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos, y no podría sin esta mi lanza, en cuya punta está el hierro de la justicia, y sin esta espada, emblema suyo. Este es mi escudero que me sirve y la paz de Dios sea con todos.

Entraron en la más grande de las chozas, donde se reunieron para la cena, y ofrecieron á D. Quijote y á Panza puesto entre ellos, que fué admitido de buen grado; contribuyendo éstos por su parte con algo de las alforjas, para que no se digera que mermaban la comida pobre y tasada de aquellos cabreros.

Preguntó el más viejo qué era aquello de enderezar entuertos; pues él no lo comprendía, creyendo que enderezar era cosa que, no con

los tuertos, sino con los jorobados debía hacerse; y D. Quijote le explicó que no se trataba de tuertos de los ojos, ni de torcidos de la espina, que eso correspondía á la Medicina ó Cirujía, sino de entuertos de la voluntad, de la razón y del derecho, que por el esfuerzo de su brazo podían remediarse; añadiendo que este era el objeto de la caballería, que era una especie de justicia andante, que por todas partes iba ejerciendo su oficio, aparte de la otra justicia de leyes y juzgadores, que no podía llegar á todos lados, ni encontrar para cada caso exacto acoplamiento.

El pastor viejo, que tenía mucha gramática parda, objetó al caballero que eso estaba bien; pero que podía suceder que las dos justicias se tropezaran y encontrasen, una contra otra, la de las leyes y los juzgadores, y la andante de esos caballeros, y entonces alguna tendría que quedar por encima; convirtiéndose la otra en injustica ó yerro: por lo que ó debían ir acompasadas y unidas, ó suprimirse cualquiera de ellas, y en tal caso tendría que desaparecer la de los caballeros andantes.

Protestó D. Quijote, replicando que eso no se podía: porque donde se tropezasen y contrapusieren, debía imperar la de los caballeros, que á cada caso sabían aplicar su ley singular, no escrita en parte alguna, sino en la conciencia y el honor, y no la otra justicia, que con sus determinaciones generales no podía abarcar cada caso específico, trocándose en injusticia manifiesta, al aplicar á la excepción la regla, y á lo singular y concreto lo general y abstracto; y el pastor, que ya no iba entendiendo nada de esto, se calló, por no poder entrar en polémica con hombre tan sabidor.

Bien pronto concluyeron la frugal cena, y entonces otro de los pastores dijo al caballero que un jovencillo que allí estaba y que les ayudaba en sus faenas, era también dado á las letras y á saber las cosas que en los libros se escriben, y que componía muy lindas coplas, que cantaba siempre con mucha afinación y sentimiento, al son de un guitarrillo que tenía; por lo que le harían lucir sus habilidades. Las gentes, añadió, le llaman el Poetilla, y él hace los romances que luego van á imprimirse y corren por los pueblos comarcanos, acudiendo á oirlos mucho golpe de curiosos en cada parte.

Holgóse D. Quijote de conocerle, y el muchacho, que tenía la cabeza gruesa y rubia, los ojos azules y el cuerpo pequeño pero fornido, excusóse con el caballero, diciendo que él sólo componía algunos romances y coplejas de mala muerte y que no valían la pena de mentarlos.

Contó aparte el más viejo pastor al caballero, mientras los otros con su escudero se entretenían, que el Poetilla andaba muy enamorado y que la fuerza del enamoramiento le hacía sacar los mejores versos alusivos á su dama, que era una muy hermosa dueña suya, que no había más que ver; é intrigado D. Quijote quiso oir al pastorcillo improvisar algunas de esas coplas: porque, en viendo como las componía de repente, podría medir mejor la fuerza y espontaneidad de su musa: que en eso se conocen los poetas de nativitate.

El pastorcillo no pudo negarse ya, y cogiendo el guitarro y templándolo, improvisó con mucho calor las coplas siguientes, todas relacionadas con sus amores.

Bien venido caballero
con su espada y su lanzón;
¡ay si enderezar pudiera
entuertos del corazón!

—

Mire usía si es hermosa,
la dama de mis antojos,
que los santos en la Iglesia,
por verla vuelven los ojos.

—

Amar y no ser amado
dicen que es tiempo perdido;
voy á perder por su causa
todo el tiempo que he vivido.

—

Que la olvide me aconsejan
y yo les digo que bueno;
que me den para olvidarla
una copa de veneno.

—

Ya sabe la dueña mía
que sólo morir me espera;
si me quiere, de alegría,
si no me quiere, de pena.

Agradaron mucho á D. Quijote las coplas, y

se levantó á dar un abrazo al mancebo, y declaró que verdaderamente éste tenía rica vena poética y era lástima la consumiese allí en aquellos campos, guardando ovejas.

Señor caballero, mucho le agradezco su opinión, dijo aquél, y sólo querría haber salido de esta condición humilde en que me veo, por fijar la atención y atraer el ánimo de mi Dulcinea.

¿Dulcinea dices? exclamó D. Quijote alarmado. ¿A ella te atreves, bellaco y mal nacido, sin reparar en su alta alcurnia? ¿A una Princesa de sangre real osas, disputándola á su fiel caballero, que há más de trescientos años le rinde su albedrío? Si no fueras bellaco y ruin y sí un Reinaldos, Rugiero ó Rodomonto, ahora mismo serías conmigo en singular batalla allá fuera, á campo raso, y quedarías tendido y sin vida.

Esto dijo á grandes voces, poniendo mano á la espada, y dejando atónitos á los pastores y al injuriado Poetilla, que se quedó hecho una pieza.

Señor, rompió á decir éste, pasado el primer aturdimiento; ni soy bellaco, ni ruin, ni sé quien será ese fiel caballero de mi Dulcinea, y si es ó no amigo de Usía, pues tanto le defiende; pero crea que, no á Usía que nada le va directamente en ello, sino á él, si le tropezara, le había de ahogar entre mis brazos, aunque fuese más esforzado que D. Quijote de la Mancha.

¡Mientes tú, repuso éste: Dulcinea es mi dama, y quien ponga en ella los ojos, al filo de mi espada caerá en dos mitades partido, aunque sea más temible y valiente que Angriote!

Interpusiéronse de nuevo los otros pastores y el escudero, porque ya D. Quijote iba á pasar á vías de hecho, y el Poetilla había cogido una cayada para defenderse; y hablando y vociferando mucho sobre el caso, vínose en conocimiento de que todo nacía de un error, y era que el mancebo llamaba su Dulcinea á aquella señora rica y hermosa de que estaba prendado, que era de Villacañas, mientras D. Quijote creía que á la suya del Toboso se refería.

¿Pues cuántas Dulcineas hay? preguntó al fin sosegado el de la Triste figura.

Tantas Señor, dijo el Poetilla, como mujeres amadas en el mundo. Tal fama adquirió la Dulcinea de ese D. Quijote, que cada amador llama Dulcinea á la suya, y no es que se llame precisamente así, sino por sobrenombre, que quiere decir dama de nuestros pensamientos; lo cual, oido por D. Quijote, se descubrió á los pastores y dijo que D. Quijote era él y la Dulcinea verdadera su dama, de lo que quedaron asombrados.

Ahora, añadió, puesto que tan sin razón te ofendí, aunque no con voluntad, sino por trueque y sinonimia de las palabras, dígote que á fé de quien soy he de hacer que se te rinda el corazón de esa otra Dulcinea de Villacañas, en que pusiste los ojos, y ello no ha de ser por arte mágica, sino variándote la humilde condición de pastor en la noble y alta de caballero andante, con lo que, al verte ella tan elevado, se le trocará en inclinación el desvío. Tráete armas y caballo y vela aquéllas, como yo hice, y te daré el espaldarazo y quedarás tan caballero como aquellos Orlandos, Rinaldos y Bernardos, que lo fueron valerosísimos.

Los pastores que ya habían sospechado que el hombre aquel tenía trastornado el seso, indugeron al Poetilla á que se dejara llevar de sus extravagancias, para ver en qué paraban ellas, y éste que había leído también el Quijote y creyó al hidalgo un loco posesionado de aquel título, contestóle que sí quería ser cruzado caballero y recibir aquella orden de la caballería, para rendir la voluntad de su Señora.

No había armas á mano; pero el mancebo dijo que sería igual aquella cayada, poniéndosela como espada al cinto, y por lanza una gran caña que allí encontró, y por yelmo el perol en que habían guisado y aderezado la cena, y de esta suerte púsose á pasear y velar sus armas, hasta que D. Quijote creyó que bastaba y le hizo arrodillarse y le dió una pescozada y un golpe fuerte en las costillas, con la espada desnuda, que le escoció bastante, pronunciando antes las fórmulas y oraciones de la orden de caballería.

Esto hecho, exclamó con voz alta y conmo-

vida: ¡Oh Poetilla! acabo de hacerte la merced que el Rey Perión al gran Amadís, y como aquél á éste te digo que en ti sea empleada tan bien y tan crecida en honra como en aquel caballero, y quisiera que aquí estuviese Urganda la Desconocida para que pudiera repetir aquellas palabras: «Este hará estremecer á los fuertes; éste hará tales cosas que ninguno cuidará que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; este hará los soberbios ser de buen talante; habrá crudeza de corazón contra aquellos que se lo merecieren; mantendrá amor y amará en tal lugar, cual conviene á su alta proeza.»

Los pastores que esto oían, quedábanse maravillados de la falta de juicio de aquel personaje, y el escudero lo presenciaba todo amostazado, porque, con ello, unas veces se le venía y otras se le iba su Imperio como ensueño. Así pasaron la corta velada, hasta ser la hora de dormir, y cada cual se acurrucó donde pudo, á esperar el naciente día: unos para sacar las ovejas al llano, y otros para proseguir su camino de andancias disparatadas. Sólo el Poetilla no durmió, pensando tristemente, por qué no había de salir de veras aquella burla, y echando de menos un poco de caballería en el mundo.

La del alba era cuando comenzaron todos á levantarse, y el jaco que no había tenido pienso, á relinchar tristemente; mas la mula, harto sufrida, callaba con la cabeza baja, que parecía meditabunda. Todos dispusiéronse á partir: D. Quijote en Babieca; en su hacanea Panza, y con sus cabras y borregos los pastores, incluso el zagal aquel armado caballero de mentirigillas. Y viendo D. Quijote salir las manadas de ovejas del aprisco, no pudo menos de decir á su acompañante:

¿Ves Panza y qué disparatadas cosas inventaba Cide Hamete, colgándome el milagro? ¿Podía yo pensar, estando en mi cabal juicio como estoy, que esos fueran ejércitos; que aquel carnero cornamentado, por ejemplo, fuese Pentapolín el del arremangado brazo, y aquel otro Alifanfarón de la Trapobana? ¿Cómo iba yo á confundir sus armaduras lucientes y bien templadas con esas zaleas de lanas que llevan, ni

sus esforzados cuerpos con esos mansos y débiles, ni sus altas voces de mando con esos cobardes balidos? ¿Y dónde iba á ver, con todas sus señales, el escudo del valeroso Laurcaldo, las tres coronas de plata de Micocolembo, la puerta del templo de los Filisteos que llevaba Brandabarbarán, y aquella esparraguera de Espatafilardo? Convengamos en que lo que yo vi y alanceé no eran tales carneros, sino ejércitos de esforzados campeones, y que el Sr. de Hamete Benengeli, y mejor aquel manco de Lepanto que siempre le pone por pantalla, debieron ser grandísimos socarrones.

Panza por un lado daba fé á las palabras de su amo; pero por otro la perdía, acordándose de las aventuras espantables de las bicicletas, del túnel y el tren, y de los palos del telégrafo.

Cuando entre los pastores vió D. Quijote salir al Poetilla para apacentar aquellos ganados, atajóle y díjole:

¿En qué quedamos seor poeta? ¿héle yo armado caballero para que prosiga en su humilde oficio de pastor, ó para que, ciñéndose su armadura y embrazando su lanza y montando en algún hipogrifo, comience la era de sus fazañas? Porque para lo primero eran inútiles el velar sus armas simbólicas, con aquel yelmo sobre la cabeza; y en lo segundo, huelga esa pellica y zurrón y esa cayada y ese ir detrás de estos mansos cuadrúpedos.

¿Olvida Usía, respondió el muchacho, que también los caballeros andantes han solido andar de pastores, bien por disfraz, que en ocasiones les conviniera; bien por hacer descanso en sus fatigas y paréntesis en sus aventuras: y que Usía mismo se decidió á serlo, bajo el nombre de el pastor Quijótiz, para renovar é imitar la pastoral Arcadia? Así yo puedo seguir siendo pastor, no para descansar de empresas que aun no acometí, sino para prepararme á ellas y buscar ocasión en que gane con el esfuerzo de mi brazo las armaduras con que he de cubrirme, como Usía ganó el yelmo de Mambrino á aquel barbero, que sin saber que era tal lo llevaba de bacía.

Caballero era y no barbero el que lo llevaba,

replicó D. Quijote vivamente, y bien que le relumbraba en la cabeza; y la culpa de estas burlas y sarcasmos la tiene aquel moro que se encargó de escribir mi crónica, que no parece sino que adrede lo buscaron para que todo lo trocase en daño mío. Bien que hagas de pastor, mientras ganas á algún caballero, como Grifón á Martán, armadura, lanza y espada; que aquellas que velaste, de veras te digo que pocas victorias te darán: ya que son de caña y palo, sin punta ni filo. Ve tú si puedes proporcionarte otro yelmo, si no igual, semejante al que yo gané, y Dios no te dé otro moro á quien se le antoje decir que, no yelmo, sino olla ó perol era, por ejemplo.

Quedó el pastorcillo conforme en ganar otro yelmo, y ofrecióle á D. Quijote mandarle un parte telegráfico de ello, luego que aconteciera, desde el imperio de la Trapobana, para que al minuto lo supiese, aunque se hallase en los antípodas; y como D. Quijote respondiese que eso sí que era burla, porque no en un minuto, ni en un año entero podría saberse la noticia de tan apartadas regiones, corroboró el pastorcillo lo que Panza dijera del telégrafo, y quedó el caballero doblemente confuso.

¡De suerte, exclamó, que es cierto que esos gigantes delgados, que he visto por el camino trasponer por los llanos y colinas, llevan á cuestas los fardos de las epístolas y noticias de todas partes, corriendo tan apresuradamente que en un minuto ya se saben de polo á polo?

No lo creyera, habiéndoles visto tan inmóviles y sin ánimos de correr. Y como el pastor insistiese en que las noticias volaban invisibles, no á cuestas de ellos, sino por los alambres que sustentaban, creyó D. Quijote que tal vez éstos se hallasen huecos, y que un soplo sutilísimo las llevaba por dentro de los mismos. Pero no dudó que serían gigantes verdaderos los que tanto peso de alambre sustentaban por todo el mundo, y diabólicos encantadores los que hacían á cada extremo de los hilos el oficio de soplones.

Pusiéronse en marcha las manadas de ovejas con sus mastines y los pastores tras ellos,

dejando cerradas las chozas, y D. Quijote y Panza se despidieron con muy corteses maneras, diciendo aquél al flamante caballero de la cayada y del perol, que esperaba su aviso del Imperio de Trapobana al imperio de Andorra, donde le recibiría sin más que estas señas: «A Don Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste figura, Conquistador de Andorra, en la capital de su imperio»; diciendo el pastor que abreviaría algo de ésto, porque cada palabra costaría de trasmitir por lo menos un real de vellón.